

## Étienne Gilson, *Las constantes filosóficas del ser*

«Por qué hay algo y no más bien nada». Esta inquietud de Leibniz se convirtió en la pregunta fundamental, en la cuestión filosófica suprema, de Gilson. Hasta el punto en que «la había hecho inmediatamente mía», confiesa, «era como si hubiera brotado espontáneamente del fondo de mi propio pensamiento»<sup>1</sup>.

Ciertamente, ésta no es una pregunta cualquiera, es la que indaga por la posibilidad misma de preguntar. De hecho, la condición de cualquier pregunta es que haya ser. La pregunta por el ser no es de sentido común. La intuición del ser no es una actividad explícita de la mente que se dé consciente y automáticamente en todo ser inteligente. Se requiere de una vuelta hacia sí mismo, de un acto reflexivo sobre la actualidad del ser, para asombrarse ante la presencia del más abstracto de los conceptos, de la más simple, huidiza y deslumbrante realidad de lo que es.

El contacto intuitivo con el ser ocurre de una vez y para siempre, pero nunca deja ya de estar presente al espíritu, ni de producir asombro. No obstante, al pensar el «ser» podemos caer en la tentación de su dilución entitativa. En efecto, cada vez que percibimos un ente, el ser se nos ofrece junto con él. Por ello, la filosofía, en más de una oportunidad, se hundió en la trampa esencializadora. Gilson confía en enmendar tal error en esta obra sistemática, que es una clara prolongación de *El ser y la esencia*. También se pregunta si hay algo nuevo en la investigación metafísica sobre el ser de los entes. Lo nuevo, según él, es la interpretación de Heidegger, y, por ello, la analiza en esta obra.

Y como el ser es el primer principio, nada mejor que iniciar sus reflexiones con el capítulo titulado: «Sobre el conocimiento del principio». El tipo de conocimiento que nos permite acceder al primer principio es de tipo intuitivo, inmediato, infalible, universal y evidente. Pero, si esto es así, ¿por qué los metafísicos difieren en cuanto a su naturaleza y sentido? Algunos filósofos, de hecho, consideran

---

<sup>1</sup> Étienne Gilson, *Las constantes filosóficas del ser*, Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista, Editorial EUNSA, Universidad de Navarra, España (2005) 195 pp. Véase pág. 117.

inútil la misma noción de 'ser'. La solución hay que buscarla en la respuesta a otra pregunta ¿en qué consiste la propia aprehensión del primer principio y cómo es su objeto? Históricamente, se han dado dos respuestas paradigmáticas: la platónica y la aristotélica. La primera postula que el ser es un puro inteligible y que se aprehende mediante una intuición intelectual directa sin intervención de los sentidos, en cambio la segunda propone que el objeto de la intuición intelectual es el concepto de 'ser' abstraído de las cosas sensibles.

Gilson escoge la segunda y pasa a las siguientes preguntas: «¿la esencia es realmente distinta del ser actual (existencia) en el compuesto físico?» y «¿qué es un ente?» El carácter simple de la noción nos obliga a definir el ente repitiendo su concepto. El juicio primero del primer concepto, el concepto de «ser», es una tautología: «el ser es lo que es». Ahora bien, este juicio tautológico, «el ser es el ser», no es tan estéril como puede parecer. Al formularlo así: «el ente es lo que es», entonces el «ser» se puede entender como el acto que ejerce «lo» que es, es decir, el ente. A este «ente», «lo que» es o tiene el ser, corresponde una definición quiditativa o esencial. Esa esencia es la entidad misma y decir que «es», es trascenderla en el sentido del «ser». Es alcanzar el principio primigenio: 'el acto de ser', que si bien siempre es el acto de una esencia y no es sin ella, no es la esencia misma. En palabras de Gilson: «la esencia real es siempre un habens *esse*, pero, inversamente, no se conoce ningún caso de ser actual que no sea el de una esencia real»<sup>2</sup>.

En el capítulo II, Gilson estudia la relación entre la noción de principio y la de causa. Una causa siempre es un principio. Ahora bien, para explicar si, por el contrario, un principio es una causa siempre, recorre diversos puntos de vista filosóficos, como los de Aristóteles, Santo Tomás, Escoto, Suárez, Descartes, Leibniz, Wolf, y otros. Luego se detiene, en el capítulo III, en la naturaleza del principio.

Ya establecido que el ser es el primer principio, Gilson dirige ahora el tema hacia el conocimiento de los trascendentales (en el capítulo IV) Y en el capítulo V expone algunas «vicisitudes de los principios». Es aquí donde explora la posición acerca del conocimiento de los principios desarrollada por Heidegger, quien critica la ontología clásica al menos por dos razones: la primera es que la ontología se

---

<sup>2</sup> Pág. 40.

olvidó del ser, es decir, ha tomado el ser (*das Sein*) por el ente (*das Seiende*); y la segunda es que por ser la metafísica tradicionalmente «la ciencia del ente», es necesario superarla para llegar al conocimiento del ser.

Gilson considera válida la crítica heideggeriana, pero hasta cierto punto. No todos los filósofos tomaron el ser por el ente, o al revés, inadvertidamente. Un ejemplo lo constituyeron los filósofos y teólogos del siglo XIII, quienes hicieron de la relación entre el *ens* y el *esse* un motivo de discusión y estudio. En particular, Tomás de Aquino no sólo no confunde el ser con el ente, sino que se esfuerza denodadamente en su metafísica por alcanzar el ser. Por ello define al ser como «aquello en virtud de lo cual la esencia es un ente», y sin lo cual sería un mero posible. Esta crítica de Gilson se repite en el libro de Raúl Echauri, *Heidegger y la metafísica tomista*<sup>3</sup>, del cual es autor del prefacio.

La única manera de justificar una antihistórica tesis como esa, consiste en expresarla en términos más amables: «la tesis de Heidegger», dice Gilson, «expresa sobre todo el sentimiento de un desacuerdo filosófico irreductible entre su posición personal y una noción de la metafísica, en otro tiempo al menos muy extendida, por no decir dominante»<sup>4</sup>. Y, podría continuar Heidegger, aún los filósofos que en la historia consideraron el ser aparte del ente, lo pensaron como causa de lo que es y como si en esa causalidad se agotara toda su realidad. Es decir, que aquello que hace del ente un existente se diluiría en él, durante su actuar causal. Lo que, según Gilson, impide a Heidegger ver la trascendencia absoluta del ser sobre el ente en la ontología tomista del *esse*, es que ésta ocurre cuando Santo Tomás teologiza la noción de ser para identificarla con Dios. Dios es un *esse* puro de quien afirma «que es para sí mismo su propia quiddidad». Este Ser ya no es la actualización de una esencia en un ente, es el *ipsum esse*, el *Sein*.

La cuestión sobre el ser, la incesante lucha por evitar que el ser se reduzca al ente, es una *constante* a través de los siglos. Heidegger no la agotó, pero tampoco otros filósofos posteriores. En el capítulo VI, Gilson nos habla de la propia experiencia del ser, y no del estudio que los filósofos hicieron a lo largo de la historia de tal noción. Es poco lo que un metafísico puede decir de esa vivencia.

---

<sup>3</sup> Raúl Echauri, *Heidegger y la metafísica tomista*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970.

<sup>4</sup> Pág. 103.

Por ejemplo, Santo Tomás dijo que el ser no es el ente y, a pesar de que habló sobre él en otras oportunidades, nunca dijo nada más de él.

La experiencia del ser, no es la experiencia de un concepto. La reflexión metafísica debe versar sobre la realidad significada en el concepto. Gilson advierte del peligro de caer en la interpretación idealista del problema del ser. En este sentido menciona a Kierkegaard y la oposición que hizo a Hegel, por el carácter especular de su filosofía. El ser actual debe tener primacía sobre lo posible hegeliano, que rechaza poner la «abstracción al servicio de lo real». Es en el ente y por el ente que el intelecto puede tener la experiencia del ser.

Los dos últimos capítulos del libro: «El ser y Dios» y «Yahweh y los gramáticos», cierran esta reflexión sobre el estado actual de la filosofía del ser. Gilson concluye que la crítica kantiana a la metafísica se justifica si se la define, a la manera de Leibniz y Wolf, como conocimiento de la esencia. Es decir, que la metafísica así concebida sería un saber meta-científico, convertido en una mera «lógica de las esencias». No es posible seguir meditando sobre lo óntico por esa vía. Lo que tiene que ser restablecido, insiste Gilson, «no es la noción de una sabiduría metafísica específicamente distinta del saber científico y que lo rige desde afuera...; sino la noción, en efecto, griega y tradicional, de una filosofía concebida como un saber unitario, homogéneo en todas sus partes, iluminado con la luz única del principio primero del conocimiento, que es el ser»<sup>5</sup>.

Entonces, ¿por qué el ser y no la nada? «porque sí»<sup>6</sup>, responde Umberto Eco. El hecho es que el ser es. Corresponde, entonces, a la metafísica seguir reflexionando.

María Guadalupe Llanes  
Escuela de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela.

---

<sup>5</sup> Pág. 137.

<sup>6</sup> Umberto Eco, *Kant y el ornitorrinco*, Barcelona, ed. Lumen, 1997, p. 25.